

➤ *La Eucaristía. El testimonio eucarístico de los primeros cristianos. En Abitina (pequeña localidad de la actual Túnez), a principios del siglo IV, 49 cristianos fueron sorprendidos un domingo mientras, reunidos en la casa de Octavio Félix, celebraban la Eucaristía desafiando así las prohibiciones imperiales. Tras ser arrestados, al procónsul que les preguntaba por qué habían transgredido la severa orden del emperador, un cierto Emérito le respondió que sin reunirse en asamblea el domingo para celebrar la Eucaristía no podían vivir. Que les faltarían las fuerzas para afrontar las dificultades diarias y no sucumbir. Después de atroces torturas, estos 49 mártires de Abitina fueron asesinados.*

❖ Cfr. “Sin el domingo no podemos vivir” - El testimonio eucarístico de los primeros cristianos.

Fuente www.primeroscristianos.com



❖ A. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica «Sacramentum Caritatis» 22 de febrero del año 2007, n. 95.

❖ A principios del s. IV, el culto cristiano estaba todavía prohibido por las autoridades imperiales. Algunos cristianos del Norte de África, que **se sentían en la obligación de celebrar el día del Señor**, desafiaron la prohibición. Fueron martirizados mientras declaraban que no les era posible **vivir sin la Eucaristía**, alimento del Señor: *sine dominico non possumus* (Acta SS. Saturnini, Dativi et aliorum plurimorum martyrum in Africa. 7.9.10) Que estos mártires de Abitina, junto con muchos santos y beatos que han hecho de la Eucaristía el centro de su vida, intercedan por nosotros y nos enseñen la fidelidad al encuentro con Cristo resucitado. **Nosotros tampoco podemos vivir sin participar en el Sacramento de nuestra salvación** y deseamos ser *iuxta dominicam* viventes, es decir, llevar a la vida lo que celebramos en el día del Señor. En efecto, este es el día de nuestra liberación definitiva. ¿Qué tiene de extraño que deseemos vivir cada día según la novedad introducida por Cristo con el misterio de la Eucaristía?

❖ B. Benedicto XVI, Homilía, Bari (Italia), 29-V-05

• En **Abitina**, pequeña localidad de la actual Túnez, **49 cristianos fueron sorprendidos un domingo** mientras, reunidos en la casa de Octavio Félix, celebraban la Eucaristía desafiando así las prohibiciones imperiales. Tras ser arrestados fueron llevados a Cartago para ser interrogados por el procónsul Anulino. Fue significativa, entre otras, la respuesta que un cierto Emérito dio al procónsul que le preguntaba por qué habían transgredido la severa orden del emperador. Respondió: “*Sine dominico non possumus*”; es decir, sin reunirnos en asamblea el domingo para celebrar la

Eucaristía no podemos vivir. **Nos faltarían las fuerzas** para afrontar las dificultades diarias y no sucumbir. Después de atroces torturas, estos 49 mártires de Abitina fueron asesinados. Así, con la efusión de la sangre, confirmaron su fe. Murieron, pero vencieron; ahora los recordamos en la gloria de Cristo resucitado.

Sobre la experiencia de los mártires de Abitina debemos reflexionar también nosotros, cristianos del siglo XXI. Ni siquiera para nosotros es fácil **vivir como cristianos**, aunque no existan esas prohibiciones del emperador. Pero, desde un punto de vista espiritual, el mundo en el que vivimos, marcado a menudo por el consumismo desenfrenado, por la indiferencia religiosa y por un secularismo cerrado a la trascendencia, puede parecer un desierto no menos inhóspito que aquel "inmenso y terrible" (Dt 8, 15) del que nos ha hablado la primera lectura, tomada del libro del Deuteronomio.



Necesitamos este pan para afrontar la fatiga y el cansancio del viaje. El domingo, día del Señor, es la ocasión propicia para sacar fuerzas de él, que es el Señor de la vida. Por tanto, el precepto festivo no es un deber impuesto desde afuera, un peso sobre nuestros hombros. Al contrario, participar en la celebración dominical, alimentarse del Pan eucarístico y experimentar la comunión de los hermanos y las hermanas en Cristo, **es una necesidad para el cristiano; es una alegría**; así el cristiano puede encontrar la energía necesaria para el camino que debemos recorrer cada semana.

La resurrección de Cristo tuvo lugar el primer día de la semana, que en la Escritura es el día de la creación del mundo. Precisamente por eso, la **primitiva comunidad cristiana** consideraba el domingo como el día en que había iniciado el mundo nuevo, el día en que, con la victoria de Cristo sobre la muerte, había iniciado la nueva creación.



Al congregarse en torno a la mesa eucarística, la comunidad iba formándose como nuevo pueblo de Dios. San Ignacio de Antioquía se refería a los cristianos como "aquellos que han llegado a la nueva esperanza", y los presentaba como personas "que viven según el domingo" ("*iuxta dominicam viventes*"). Desde esta perspectiva, el obispo antioqueno se preguntaba: "¿Cómo podríamos vivir sin él, a quien incluso los profetas esperaron?" (*Ep. ad Magnesios*, 9, 1-2).

"¿Cómo podríamos vivir sin él?". En estas palabras de san Ignacio resuena la afirmación de los mártires de Abitina: "*Sine dominico non possumus*". Precisamente de aquí brota nuestra oración: que también nosotros, **los cristianos de hoy**, recobremos la conciencia de la importancia decisiva de la celebración dominical y tomemos

de la participación en la Eucaristía el impulso necesario para un nuevo empeño en el anuncio de Cristo, "nuestra paz" (*Ef* 2, 14), al mundo. Amén.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana